

“El poder ejecutivo confiado á un presidente temporal.

“Reunion de todos los ciudadanos para la eleccion de diputados.

“Libertad de cultos: no mas cultos de Estado.

“Los empleos en los ejércitos de mar y tierra, garantizados de toda destitucion arbitraria.

“Formacion de guardias nacionales en todos los puntos de Francia.

“Los principios por los cuales acabamos de esponer nuestras vidas, los sostendremos en caso necesario hasta por medio de una insurreccion legal.”

Esta proclama leida por Hubert á la multitud reunida en la plaza del Hotel-de-Ville, es la espresion mas avanzada de las opiniones republicanas de 1830.

En 1848, se dejó del primer golpe, bien atras á 1830.

Mientras que el republicanismo se batia con el trono, entretanto Hubert leia su proclama al aire libre, y M. de Mortemart trataba inutilmente de hacer reconocer sus ordenanzas, veamos que se habia hecho del futuro rey de Francia.

Luis Felipe, como es muy sabido, pasaba todos los veranos en Neuilly con su familia. Allí, pues, fué donde supo con sorpresa lo de las ordenanzas y donde principió á percibir los primeros rumores de la insurreccion. Su ansiedad era inmensa: el momento aguardado tanto tiempo, habia llegado al fin. Mientras solo habia percibido la seductora fantasma allá en el horizonte, el duque habia avanzado hácia ella con valor; pero una mañana, la fantasma se hizo corpórea, se convirtió en realidad, y se llegó á él: entonces el duque conoció que esta realidad se llamaba *usurpacion*. La palabra era espantosa: el hecho era difícil de realizar.

El duque de Orleans tenia energia; pero su energia le faltó.

De Paris á Saint-Cloud tanto temia á los insurgentes como á los guardias realistas; los unos podian reclamarle como gefe, los otros detenerle como rehenes.

Luis Felipe se ocultó en uno de los pabelloncitos de su parque llamado *la Lecheria*.

Allí se estuvo durante los dias 28 y 29.

Pero el 29, despues de haber recibido un despacho de Laffitte, su inquietud aumentó en tal grado que no se creyó bastante seguro en su pabellon y se fué para Raincy con M. Oudard.

Llevaba una levita color de castaña, un pantalon blanco y sombrero gris con una cucarda tricolor hecha por su hermana.

El dia 29, á las tres, supo la toma de las Tullerías, y la victoria del pueblo.

La situacion era estrema: se trataba para él nada menos que de la proscripcion ó del trono.

Del trono, es decir, de la eterna ambicion de su raza.

Del destierro, es decir, del constante terror de su vida.

El 30 en la mañana aun fué peor: recibió un mensaje de M. Laffitte invitándole á escoger entre la corona y un pasaporte.

Sin embargo, durante todo el dia 30, el duque de Orleans permaneció en su retiro de Raincy sin dar señal de vida.

Entretanto, su hijo el duque de Chartres, como lo hemos visto, estuvo espuesto á ser fusilado en Montrouge.

Entretanto, la comision de la cámara iba al Luxemburgo á solicitar la tenencia general del reino para el duque de Orleans.

Entretanto, los republicanos experimentaban las primeras decepciones.

Entretanto, el trono sufría las últimas negativas.

La diputacion de la cámara se presentó en el Palacio Real: el duque no estaba.

Se presentó en Neuilly: tampoco estaba el duque.

La declaracion se entregó á madama Adelaida.

No habia ya medio de volver atras.

En la noche, el duque de Orleans, avisado de todo lo que habia ocurrido, volvió á Neuilly.

La declaracion se leyó en el parque por el duque de Orleans, rodeado de su familia, con cierta solemnidad manifestada mas tarde en una especie de monumento del gusto de M. Fontaine, elevado en el sitio mismo en que la declaracion se leyó.

Luego, despues de haber abrazado á su esposa, á su hermana y á sus hijos, el duque partió para Paris con MM. Berthois, Heymés y Oudard.

Nosotros le hemos visto entrar en la capital, atravesar las barricadas y penetrar en el Palacio Real por la puerta de la casa número 216 de la calle de San Honorato.

Su primer cuidado fué enviar un recado á Laffitte, avisándole su llegada, y cumplimentar á La Fayette que con su influencia habia logrado tranquilizar algo al pueblo.

Al mismo tiempo, sabiendo que Mortemart se hallaba en Paris y el objeto que tenia, le mandó suplicar pasara á verlo al Palacio Real.

M. de Mortemart iba á volverse á Saint-Cloud cuando recibió este aviso, y juzgó importante detener su partida. Siguió al ayudante que habia ido á verle, llegó al Palacio Real á las diez y media, y fué introducido ante el príncipe por M. Oudard.

El príncipe estaba en un pequeño gabinete completamente separado de los demas departamentos suyos y de su familia, y como hacia un calor insoportable, estaba medio vestido recostado en un pequeño colchon que se hallaba en el suelo. Un abundante sudor que no debia atribuirse al calor solo sino tambien á las angustias de su alma y á las agitaciones de su espíritu, corria por su frente: su mirada era la mirada de un hombre que delira, y sus palabras rápidas y entrecortadas.

Ciertamente Carlos X en el momento de perder su corona estaba menos agitado que Luis Felipe en Paris en el mo-

mento de usurpársela. Al instante que percibió á M. de Montemart, el príncipe se levantó de su lecho.

—Ah! llegad, señor duque, llegad—escuchadme para que podais transmitir mis palabras al rey; estoy dolorosamente afectado por todo lo que pasa... Vais á volver á ver á S. M. en Saint Cloud ¿no es verdad?

—Sí, Monseñor.

—Pues bien—continuó el duque con vivacidad—decidle que me han traído á la fuerza á Paris. Ayer en la noche, una porcion de hombres han invadido á Neuilly, me han buscado á nombre de los diputados, y sabiendo que estaba ausente, han declarado á la duquesa que iba á ser conducida presa á Paris con todos sus hijos y que permanecería así hasta que yo pareciese. Entonces, solo entonces, la duquesa trémula y agitada me escribió un billete llamándome. Mi amor á mi mujer y á mis hijos me hizo olvidar todo lo demas y acudí. He venido solo por libertar á mi familia y me han conducido aquí esta tarde.

Todos saben lo que habia de verdad en esta odisea, que acababa de recitar el duque á M. de Mortemart.

Por desgracia en el mismo momento resonaron en la calle los gritos de *¡Viva el duque de Orleans!* que hallaron eco en los patios del Palacio-Real.

—¡Oís, monseñor? dijo M. de Mortemart.

—Sí, sí, ya escucho—respondió el príncipe—pero decidle al rey que antes me dejaré matar que aceptar la corona.

Y por si su sola palabra no le bastase al rey, el duque de Orleans se dirigió á una mesa, tomó una pluma y trazó algunas líneas que rotuló á Carlos X.

Era una protesta contra el destino que le reservaban la cámara de diputados y la de los pares.

M. de Mortemart dobló el billete, le ocultó entre los pliegues de su corbata, saludó al príncipe y salió.

¡Cuán triste y agitada debió ser para el duque de Or-

leans la noche del 30 al 31! ¡solo él podría contar sus horribles angustias!

Nosotros hemos relatado todo lo que pudo traspirarse: sin duda despues de la entrevista con M. de Mortemart, hubo otra entre el futuro rey de Francia y M. Laffitte; pero los pormenores de ella nos son desconocidos y no podemos por lo mismo manifestarlos.

---

CAPÍTULO XLIII.

---

**M**IENTRAS tanto, á escepcion de Carlos X, que en medio del terror creciente de sus servidores y de su familia, permanecia sereno y con esa calma que presta solo el error y la obstinacion; Saint-Cloud era el teatro de escenas violentas é inesperadas que completaban las estrañas peripecias del gran drama que se representaba en aquellos momentos entre el pueblo y el rey.

Ragusa, el hombre de la fatalidad, la víctima elegida por el destino para cargar en este mundo y en el otro con el peso de dos imperios, Ragusa, despues de haber disputado el terreno palmo á palmo, llorando su derrota menos amargamente quizá que hubiera llorado su victoria, habia ido á reunirse con la familia real en Saint-Cloud.

A la llegada del duque de Ragusa, aun podia contar Carlos X con cinco ó seis mil hombres, que unidos á los restos

de las tropas que acababan de dejar á Paris, podian formar un cuerpo de cosa de diez mil hombres.

El delfin queria reunir los diez mil hombres y marchar sobre Paris. Le habia escitado y sostenido en su resolucion M. de Champagny, hombre valeroso y resuelto, tan adicto al príncipe que se hubiera dejado matar con solo una palabra suya.

M. de Champagny habia ordenado un plan de resistencia, que estaba dispuesto á poner en ejecucion previo el consentimiento del rey.

El delfin solicitó y obtuvo una entrevista del rey, y en esta audiencia M. de Champagny espuso á la aprobacion de Carlos X el proyecto siguiente:

El rey marchará inmediatamente á Orleans donde se reconcentrarán todas las tropas: el mariscal Oudinot y el general Coetlosquet se encargarán del mando de los cuerpos de Lunéville y de Saint-Omer que se creia se dirijian á Paris, y se apoderarán en Tolon del tesoro del dey de Alger que acaba de llegar allí, y que asciende nada menos que á la enorme suma de cincuenta millones. Al mariscal Bourmont, se le hará venir de África, con todas las fuerzas de que pueda disponer; unirá las provincias realistas del Mediodia á las provincias realistas de la Vendée, y la guerra civil quedará establecida en Francia sobre las bases mas sólidas para poder luchar.

El rey escuchó este plan con el aire mas lánguido y distraido. Al ver se amontonaban los sucesos sobre su cabeza, como las nubes del cielo impelidas por el viento, dudó de su fortuna y de la suerte de su monarquía. Los dias del reinado de la casa de Borbon habia concluido ¡y no era un sacrilegio proseguir resistiéndose no á la voluntad de los hombres, sino á la voluntad de Dios que parecia decirle: ¡Basta ya!

—Hablad de todo eso al delfin—respondió.

Era del todo inútil hablar al delfin, pues que el mismo